

ASALTOS POR SORPRESA EN LA FRONTERA CASTELLANO-MUSULMANA (SS. XI-XV)¹

EKAITZ ETXEBERRIA GALLASTEGI

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

FRANCISCO GARCÍA FITZ

Universidad de Extremadura

Los estudios sobre la guerra en las fronteras ibéricas entre poderes cristianos y musulmanes han demostrado que los primeros desarrollaron, desde muy pronto, unos objetivos político-territoriales y unos planes de actuación que implicaban la eliminación de los estados islámicos y la anexión de sus territorios al dominio propio.

Dado que el espacio andalusí era un ámbito cuyos núcleos poblacionales contaban con todo tipo de defensas físicas –murallas urbanas, alcazabas, fortalezas, torres de vigilancia y protección...–, la expansión de los reinos cristianos requería necesariamente la conquista de estos puntos fuertes.

Teniendo en cuenta las ventajas objetivas que disfrutaba cualquier defensor protegido por unas murallas y dominando la altura, los conquistadores normalmente debían poner en práctica una estrategia de desgaste tendente a erosionar a sus adversarios, mediante la realización de cabalgadas destructivas. Con todo, por sí misma esta estrategia rara vez era suficiente y, tarde o temprano, quienes pretendían anexionarse un territorio debían afrontar la conquista de aquellos puntos fuertes².

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación “Violencia y transformaciones sociales en el nordeste de la Corona de Castilla (1200-1525)”, PID2021-124356NB-I00; del Grupo de Investigación del Gobierno Vasco “Sociedades, Procesos, Culturas (siglos VIII a XVIII)”, IT465-22; y del Grupo de Investigación HUM023-GR18017 del catálogo de Grupos de Investigación de la Junta de Extremadura, financiado por los fondos FEDER de la Unión Europea

² Sobre todos estos fenómenos véase una visión global para el ámbito peninsular medieval en García Fitz, Francisco, *La guerra contra el Islam peninsular en la Edad Media*, Madrid, Síntesis, 2022. Específicamente para la corona castellano-leonesa y sus relaciones con los distintos estados islámicos peninsulares y norteafricanos, véanse García Fitz, Francisco, *Castilla y León frente al Islam. Estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XI-XIII)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1998 y Etxeberria Gallastegi, Ekaitz, *Fazer la guerra. Estrategia y táctica militar en la Castilla del siglo XV*, Madrid, CSIC, 2022.

Las modalidades de anexión fueron variadas, pero sin duda la más rápida y la que requería la menor concentración de medios técnicos, económicos y humanos era el asalto por sorpresa³. Las *Siete Partidas* de Alfonso X ya recogían un modelo de conquista, al que denominan “*a furto*”, que contiene casi todos los requisitos básicos que se presentaban en este tipo de operaciones: nocturnidad, mal tiempo, sigilo, contingentes reducidos, equipos ligeros:

Fvrtando alguna villa, o castillo, o otra fortaleza fazen, otrossí, muy grand esfuerço; por que esto non se puede fazer si non de noche, o mucho encubiertamente. E a las mas vegadas, con muy fuertes tiempos, e por peligrosos lugares. E por ende este fecho es de muy grand peligro: e por que los que lo fazen non veen ciertamente el estoruo que yace en los de dentro, ni el ayuda que tienen en los de fuera. E de mas, que non pueden ser muchos aquellos que lo acometen, ni yr tan armados como los otros, para combatirse, nin para defender se. E esto es porque tal fecho como este, se deue fazer muy encubiertamente, e sin ruydo, yendo los que alla fueren, muy passo, que los non oygan. E auiendo sennales ciertas entre sí, por que se entiendan vnos a otros, sin palabras que se digan⁴.

Normalmente, el éxito de estas operaciones dependía también en muy buena medida de una cuidadosa planificación y de actuaciones previas de observación, información y espionaje que permitieran a los asaltantes actuar sobre una base de conocimientos que le otorgara ciertas garantías de seguridad y eficacia. Por supuesto, en ocasiones la connivencia con una parte de la guarnición o de la población, cuando no la traición de algún o algunos individuos alojados en el interior, también podían llegar a ser factores determinantes en el resultado de la acción.

No obstante, por favorables que fueran las condiciones ambientales y los preparativos, lo cierto es que su ejecución nunca estaba exenta de riesgos y exigía el empleo de efectivos especializados, dotados de algunas características muy particulares y que tuvieran práctica y destreza en esta forma de combate: normalmente se trataba de pequeños y cohesionados grupos de combatientes, formados por gente osada y curtida en el combate, capaces de moverse con rapidez, encubiertamente y sin hacer ruido, con habilidad para escalar una muralla, para preparar una emboscada, para combatir y defenderse contando solo con el necesariamente ligero y escaso armamento que podían llevar consigo. A menudo, este se limitaba a portar un escudo, un casco y un arma de poco peso. Además, conocían bien las costumbres e incluso la lengua de sus enemigos y se servían de todo ello para dar golpes de mano que ejecutaban en muy poco tiempo –apenas minutos u horas– y de la manera más rápida y sigilosa posible.

Desde que a finales del siglo XI las fronteras castellano-leonesas comenzaron a desplazarse hacia el sur, este tipo acciones debieron menudear, si bien no siempre han

³ Una visión general sobre esta forma de actuación en Harari, Yuval Noah, *Operaciones especiales en la Edad de la Caballería*, Madrid, Edaf, 2018, especialmente pp. 34-48.

⁴ *Segunda Partida*, Título XXVII, Ley VIII, en *Las Siete Partidas... glosadas por el Licenciado Gregorio López*, Salamanca, 1545.

dejado rastros. A pesar de ello, es posible documentar algunos casos especialmente significativos, como es el de las acciones emprendidas sobre algunos núcleos fortificados de las actuales regiones del Alentejo luso y de Extremadura por Gerardo Sempavor, un personaje bien conocido en la confluencia de las fronteras portuguesas, leonesas y almohades durante las décadas de los años sesenta del siglo XII⁵.

Su particular forma de actuación, apoyada sobre un pequeño grupo de guerreros, y la maestría alcanzada en el despliegue de estas operaciones, le permitió anexionarse un amplio conjunto de fortificaciones de la zona –Trujillo, Évora, Cáceres, Montánchez, Serpa, entre otras–, llegando a sitiar, esta vez sin éxito, Badajoz, que en aquellos momentos era la capital almohade en aquel sector fronterizo.

Un cronista vinculado a la corte almohade y bien informado de aquellos acontecimientos describía de forma muy gráfica la manera en que actuaban:

El perro [Giraldo Sem Pavor] caminaba en noches lluviosas y muy oscuras, de fuerte viento y nieve, hacia las ciudades, y había preparado sus instrumentos de escalas de madera muy largas, que sobrepasaban el muro de la ciudad, aplicaba aquellas escaleras al costado de la torre y subía por ellas en persona, el primero, hasta la torre y cogía al centinela y le decía: «Grita como es tu costumbre», para que no lo sintiese la gente. Cuando se había completado la subida de su miserable grupo a lo más alto del muro de la ciudad, gritaban en su lengua con un alarido execrable, y entraban en la ciudad y combatían al que encontraban y lo robaban y cogían a todos los que había en ella cautivos y prisioneros⁶.

Podríamos traer a colación otros ejemplos del siglo XIII, como la toma de la Ajarquía cordobesa a finales de 1235 por parte de un grupo de gente concedora de las vicisitudes propias de la vida fronteriza –alguna fuente los llama *almogávares*, se les atribuye el conocimiento de la lengua de los andalusíes, la *algarabía*, y de su forma de vestir, que emplearon para engañar y sorprender a los vigilantes–. Según estos cronistas, algunos de ellos contemporáneos a los hechos y con acceso a información de primera mano, se valieron de escalas de madera, actuaron de noche y contaron, según algunos testimonios, con la connivencia de una parte de la población y con el descuido de los vigilantes⁷. Aunque la acción de esta gente de frontera no supuso por sí misma

⁵ Lapedra, Eva, “Giraldo Sem Pavor, Alfonso Enríquez y los almohades”, *Bataliús. El reino taifa de Badajoz*, F. Díaz Esteban, Madrid, Letrúmero, 1996, pp. 147-158; *Idem*, “El ardid de la escala nocturna y el engaño a los vigías: posible origen almohade de un pasaje de la toma de Santarém y de la leyenda de Giraldo sem Pavor”, *Hesperia, Culturas del Mediterráneo*, 16, 2012, pp. 69-100; Porrinas González, David, “La actuación de Giraldo Sempavor a mediados del siglo XII: un estudio comparativo”, *II Jornadas de Historia Medieval de Extremadura*, J. Clemente Ramos y J. L. de la Montaña Conchiña (coords.), Cáceres, 2005, pp. 179-188; Pereira, A. de Sousa, *Geraldo Sem-Pavor. Um Guerreiro de Fronteira entre Cristãos e Muçulmanos*, Oporto, 2008.

⁶ Ibn Sahib al-Sala: *Al-Mann bil-Imama*, estudio preliminar, traducción e índices por Ambrosio Huici Miranda, Valencia, 1969, p. 137.

⁷ Jiménez de Rada, Rodrigo, *Historia de Rebus Hispanie sive Historia Gothica*, cvra et studio Juan Fernández Valverde, *Opera Omnia*, pars I, *Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis* LXXII, Tvrnholti, 1987,

la conquista de la ciudad, marcó el punto de partida del asedio, este sí con un resultado concluyente, dirigido por Fernando III.

No obstante, es en la frontera granadina bajomedieval donde sin duda encontramos los ejemplos mejor documentados y los que permiten realizar análisis más detallados. Desde mediados del siglo XIV y hasta el inicio de la Guerra de Granada, en los territorios limítrofes que separaban la Corona de Castilla del reino nazarí, la violencia fronteriza latente escaló en momentos de guerra abierta o en la zona gris delimitada por los meses, semanas o días entre la finalización y renovación de las treguas. El cronista Alonso de Palencia llegaba a sostener la existencia de una antigua ley imperante en la frontera granadina, que permitía la toma de villas y castillos por sorpresa en tiempo de tregua, a condición de que las operaciones no se extendieran por más de tres días. No obstante, resulta difícil establecer la veracidad de dicha afirmación.

“Estos, por antiguas leyes de la guerra, disimulaban semejantes novedades cuando dentro del plazo de las treguas se apoderaban por sorpresa de alguna villa o castillo, siendo convenido de antiguo observado entre andaluces y granadinos, y aprobado por sus respectivos reyes, que dentro de los tres días fuera lícito a unos y a otros atacar los lugares de que creyeran fácil apoderarse [...] A moros y a cristianos de esta región, por inveteradas leyes de la guerra, les es permitido tomar represalias de cualquier violencia cometida por el contrario, siempre que los adalides no ostenten insignias bélicas; que no se convoque a la hueste a son de trompeta, y que no se armen tiendas, sino que todo se haga tumultuaria y repentinamente”⁸.

Para el siglo XIV la información cronística apenas permite reseñar el ejemplo de la toma de Pruna por Alfonso XI en 1327. Dado que la fortificación se encontraba enroscada en una peña, el asalto directo no era una opción. Así, mientras el monarca castellano esperaba la llegada de la artillería de contrapeso (*ingenios*), unos hombres se ofrecieron a escalar el castillo que dominaba la posición. El rey lanzó un ataque de diversión contra la parte poblada, mientras los escaladores emplearon “estacas de fierro” a modo de enganches a los que atar las cuerdas para ascender por la peña del castillo. Cuando los escaladores tomaron la fortaleza sin descubiertos, arrojando a los centinelas al vacío, la población se rindió⁹.

Más allá del citado caso, lo cierto es que las crónicas no mencionan numerosos ejemplos de asaltos por sorpresa hasta el siglo XV, cuando su cantidad aumenta nota-

Lib. IX, cap. XVI; Lucas de Tuy, *Chronicon Mvndi*, cvra et studio Emma Falqué, *Opera Omnia*, tomvs I, *Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis* LXXIV, Tvrnholti, 2003, 101, p. 340; *Crónica Latina de los Reyes de Castilla*, introducción, texto crítico, traducción, notas e índices de Luis Charlo Brea, Cádiz, 1984, 69, p. 143; *Primera Crónica General de España*, ed. Ramón Menéndez Pidal con un estudio actualizador de Diego Catalán, Madrid, 1977, cap. 1046, p. 729.

⁸ Palencia, Alonso de. *Crónica de Enrique IV*, Madrid, 1973, vol. III, p. 88.

⁹ Rosell, Cayetano (ed.). “Crónica de Alfonso XI” en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, Madrid, 1953, vol. I, pp. 173-392.

blemente. Sin embargo, ello no quiere decir que a finales de la Edad Media esta práctica fuera más recurrente. Probablemente se deba más bien a la presencia de un mayor número de crónicas, incluso biografías particulares, algunas de las cuales acercan lo suficiente el foco como para permitir que nos asomemos a las acciones de intensidad más contenida. Así, tanto los *Hechos del condestable Miguel Lucas de Iranzo* como la *Historia de los hechos del marqués de Cádiz* informan de escaladas exitosas y fallidas que la cronística regia obvia¹⁰. En total, para el siglo XV se pueden constatar algo más de una veintena de asaltos por sorpresa contra posiciones musulmanas, de las cuales más de la mitad se dieron en la guerra que Castilla libró contra el reino nazarí entre 1430 y 1439 y en la Guerra de Granada (1482-1492).

NÚMERO DE ASALTANTES

El mayor volumen de fuentes narrativas para el siglo XV nos permite realizar algunas estimaciones sobre el número de participantes en los asaltos por sorpresa. Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz, movilizó en diversas ocasiones varios centenares de tropas montadas y algunos millares a pie –incluso más–, como se observa en las cifras de la tabla n.º 1. No obstante, estos números deberían ser utilizados con suma precaución pues la fuente que más a menudo menciona estos datos es, como no podía ser de otra manera, la propia crónica particular del marqués. Parece factible asumir que, en la mayoría de ocasiones, las tropas se contaban por cientos.

TABLA 1.

*Número de asaltantes*¹¹

Año	Lugar	Nº de asaltantes	Vanguardia
1408	Castellar	40 hombres de armas, 100 lanceros y 100 ballesteros	-
1431	Jimena	300 a caballo y 250 a pie	Escalador, adalid, 50 a caballo y 100 a pie (la mayoría ballesteros)
1434	Huéscar	200 montados y 600 peones	70 hombres de armas y 200 peones
1456	Archidona	300 montados	-
1462	Moclín	900 montados, 800 ballesteros y 1.500 lanceros	-

¹⁰ Carriazo, Juan de Mata (ed.). *Hechos del condestable don Miguel Lucas de Iranzo*, estudio preliminar por Michel García, Granada, 2009, pp. 96-97, 145-146; Carriazo, Juan Luis (ed.). *Historia de los hechos del marqués de Cádiz*, Granada, 2003, pp. 215-216, 234-236.

¹¹ Algunas cifras presentan problemas. Así, la *Historia* del marqués de Cádiz indica que para el asalto a Cardela de 1472 se movilizaron 2.000 lanzas, mientras que Diego de Valera sostiene que fueron 3.000. Del mismo modo,

TABLA 1 (continuación)
Número de asaltantes

Año	Lugar	Nº de asaltantes	Vanguardia
1472	Cardela	2.000-3.000 lanzas y 3.000 peones	-
1482	Alhama	2.500 montados y 3.000-8.000 a pie	Escaladores, adalides y 200 escuderos
1482	Setenil	900 montados y 4.000 peones	-
1483	Zahara	600 lanzas y 1.500 peones	Escalador y 10,30 o 50 escuderos
1483	Cardela	800 montados y 3.000 peones	-
1484	El Burgo	800 montados y 1.500 peones	30 escuderos
1485	Castillo de Mijas	80 a caballo, 300 peones y 100 hombres escogidos	30 hombres escogidos

Por razones puramente operativas, el grupo asaltante tenía que ser reducido y debía ser dividido en unidades tácticas menores de cara a que la acción llegara a buen puerto. Así, mientras que el grueso de las tropas quedaba generalmente a la espera en una posición rezagada, una vanguardia reducida efectuaba el asalto, reducía a los vigías e intentaba tomar el control de la muralla y los accesos. Esta estaba generalmente compuesta por los propios escaladores acompañados de algunos efectivos. Este grupo podía consistir en unas pocas decenas como en Zahara en 1483, El Burgo en 1484 o en el castillo de Mijas en 1485. Sin embargo, el número podía ser notablemente superior, como demuestran los ejemplos de Jimena en 1431, Huéscar en 1434, y Alhama en 1482.

En ocasiones se podía desplegar un tercer grupo, de tamaño intermedio, que se situaría entre los escaladores y el grueso de la hueste con el fin de reforzar a los primeros y actuar en forma de “segunda oleada”, consolidando así las posiciones ganadas en el muro enemigo y tomando los puntos clave. En algunos ejemplos, no disponemos de

Fernando del Pulgar afirma que 3.000 infantes participaron en el asalto a Alhama, número que Valera y la *Historia del marqués de Cádiz* elevan a 8.000 efectivos. La última discordancia la encontramos en el asalto a Zahara, pues para Pulgar la vanguardia quedaba compuesta por el escalador y 10 escuderos, con 70 escuderos adicionales de apoyo, mientras que para Valera se trataba de un único grupo de 50 escuderos, cifra que Bernáldez reduce a 30. García, Michel (ed.). *Crónica del rey Juan II de Castilla. Minoría y primeros años de reinado (1406-1420)*, Salamanca, 2017, p. 326; García de Santa María, Álvar. “Crónica de Juan II de Castilla”, en *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, ed. Antonio Paz y Meliá, Madrid, 1891, vol. C, 270-273; Carrillo de Huete, Pedro. *Crónica del halconero de Juan II*, ed. Juan de Mata Carriazo, estudio preliminar por Rafael Beltrán, Granada, 2006, pp. 164-174; Carriazo, Juan de Mata (ed.). *Hechos del condestable don Miguel Lucas de Iranzo*, estudio preliminar por Michel García, Granada, 2009, pp. 145-146; Carriazo, Juan Luis (ed.). *Historia de los hechos del marqués de Cádiz*, Granada, 2003, pp. 200, 215-216, 227, 230-231, 234-236; Valera, Diego de. *Crónica de los Reyes Católicos*, Juan de Mata Carriazo (ed.), Madrid, 1927, pp. 136-139, 137-138, 197-198; Pulgar, Fernando del. *Crónica de los Reyes Católicos*, Juan de Mata Carriazo (ed.), vol. 2, Granada, 2008, pp. 5-10, 94-95; Bernáldez, Andrés. *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, Manuel Gómez-Moreno y Juan de Mata Carriazo (eds.), Madrid, 1962, pp. 149-150.

un número concreto. Así, en el segundo de los asaltos a Cardela, en 1483, se mandó ciertas tropas a “socorrer” a los escaladores, sin que las crónicas indiquen de cuántos efectivos se trataba¹². En algunos casos, la información resulta lo suficientemente detallada como para desglosar el tamaño del grupo de apoyo. Pulgar señala que en Zahara 70 escuderos se situaron cerca de la vanguardia con el fin de “socorrerla”¹³. En el asalto a la fortaleza de Mijas fueron 60 los hombres designados para la labor de apoyo¹⁴. Por último, un dispositivo algo más elaborado se desplegó para el fallido intento de escalar el Burgo. A los 30 escuderos de vanguardia les seguía un refuerzo de 100 escuderos, 50 espingarderos y 50 ballesteros. En una posición más atrasada, otros 200 a caballo, 50 espingarderos y un centenar de ballesteros quedaban en reserva equipados con elementos de asalto como *bancos pinjados*, manderetes, mantas, picos y azadas, con los que romper el muro o combatir la fortaleza en el caso de que fuera necesario¹⁵.

Si lo asaltantes resultaban exitosos y conseguían tomar las puertas de la villa y ocupar las murallas y el alcázar, los defensores generalmente optaban por la rendición. Sin embargo, si alguna de estas posiciones claves se mantenía en manos de los defensores y/o si estos optaban por ofrecer una tenaz resistencia, los atacantes se verían en la obligación de enfrascarse en una sangrienta y costosa lucha a través de las calles y casas de la villa, como ocurrió en Huéscar (1434) y Alhama (1481), por poner solo dos ejemplos¹⁶.

CONCLUSIONES

A lo largo de este texto, hemos esbozado las principales pautas que se seguían para llevar a cabo los asaltos por sorpresa y el número de tropas que pudo haber participado en los mismos. Estas acciones, junto con emboscadas y cabalgadas, eran características de la guerra de frontera y requerían de una cuidadosa planificación, altas dosis de ingenio, una actuación encubierta y tropas relativamente especializadas como son los escaladores. La expugnación a hurto, rápida y barata, protagonizada por un pequeño grupo de asaltantes, quizás podía bastar para ganar y posteriormente mantener el control sobre una fortaleza o una pequeña localidad de frontera, pero frente a objetivos mayores, en particular frente a las grandes ciudades amuralladas, tal tipo de operación resultaba insuficiente o ineficaz: Jaén, Sevilla, la propia Córdoba, Algeciras, Antequera, Ronda, Málaga o Baza exigían asedios y bloqueos en toda regla, en los que la sorpresa era un factor menor.

¹² Carriazo, Juan Luis (ed.). *Historia de los hechos del marqués de Cádiz*, Granada, 2003, pp. 230-231.

¹³ Pulgar, Fernando del. *Crónica de los Reyes Católicos*, Juan de Mata Carriazo (ed.), vol. 2, Granada, 2008, pp. 94-95.

¹⁴ Valera, Diego de. *Crónica de los Reyes Católicos*, Juan de Mata Carriazo (ed.), Madrid, 1927, pp. 197-198.

¹⁵ Carriazo, Juan Luis (ed.). *Historia de los hechos del marqués de Cádiz*, Granada, 2003, pp. 234-236.

¹⁶ Véase Etxeberria Gallastegi, Ekaitz, *Fazer la guerra. Estrategia y táctica militar en la Castilla del siglo XV*, Madrid, CSIC, 2022, pp. 247-255.